

STAR WARS®



— LAS LEYENDAS DE —
LUKE SKYWALKER
— KEN LIU —

—LUKE SKYWALKER... Hacía tiempo que no oía ese nombre —dijo Ulina. Los niños y los droides se quedaron callados de golpe. El parche del ojo de Ulina parpadeaba del ámbar al magenta—. Se cuentan montones de historias sobre Luke Skywalker. Puede que algunas incluso sean verdad.

Los grumetes estaban pendientes de cada palabra. Ulina había conocido mucha más galaxia que ninguno de ellos y parecía saberlo todo.

—Cuéntanos más —le suplicó G’Kolu, con sus cuernos inclinados hacia delante por la expectación.

—Muy bien. Resulta que una vez oí una historia sobre Luke Skywalker...

He aquí una compilación de mitos y cuentos sobre el legendario caballero Jedi Luke Skywalker.

Para Esther y Miranda.
Que la Fuerza siempre las acompañe.

K. L.

Para Dawn. Gracias por todos tus cuidados, tu
amor y tu paciencia. Tú eres mi Fuerza.

J. G. J.

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana...

¿LUKE SKYWALKER? CREÍ QUE ERA
UN MITO.

—REY





LA WAYWARD CURRENT

La nave de transporte de largo alcance *Wayward Current* casi llegaba al fin de su viaje de seis semanas, el cual había empezado en el salvaje y escasamente poblado Mooshie Cluster, hasta llegar al deslumbrante y ostentoso Canto Bight, en el planeta Cantonica. Los marineros que se encontraban en el sollado acababan de terminar su guardia y se les había autorizado comer, socializar y jugar antes de dormir un poco.

Formaron un grupo muy variado, conformado por algunos humanoides y humanos, unos cuantos reptiles y aviaarios, e incluso uno que otro droide. Casi ninguno de los marineros había alcanzado aún la madurez por completo, independientemente de los estándares de cada especie. Esto era importante, ya que Tuuma el Hutt, capitán de la *Wayward Current*, insistía en que la mayoría de los integrantes de la tripulación siguieran encantados con las infinitas posibilidades que depara el futuro; de ese modo, estaban dispuestos a aceptar un pago prácticamente nulo a cambio de la oportunidad de ver la galaxia.

Ulina, la tercera oficial de cubierta, vaciaba su taza de acre y té de olo extremadamente caliente, cuando se escuchó, en uno de los pocos pasillos iluminados de la nave, el eco de un gemido, como los últimos residuos de vapor que salen del horno de una granja de humedad. Había aproximadamente una docena de marineros reunidos alrededor de la baja y oxidada mesa, engullendo su comida. Ulina los recorrió con la mirada y fijó su atención en una chica desgarrada de quince años con el pelo corto.

—Parece que la potra terca en el compartimento de la esquina sigue teniendo problemas para conciliar el sueño —dijo Ulina. El parche que tenía sobre su ojo izquierdo brilló y se puso rojo como señal de molestia—. ¿La pusiste a hacer los ejercicios de resistencia en la cámara de doble gravedad hoy? Sabes que los fathiers necesitan mucho ejercicio cuando viajan encerrados en una nave como esta.

—Lo siento —dijo Teal, la chica de quince años—. Tuve que limpiar los combustores de reflujo...

—Sin excusas —la interrumpió Ulina—. Cada uno de esos fathiers vale más que tres años de tu salario. Ve a corregir tu error.

—¿Me darán solo media ración en la siguiente comida? —preguntó Teal tímidamente.

—Has cometido muchos errores en este viaje. Casi siempre llegas tarde a tus deberes. —Aunque el tono de su voz era severo, el brillo rojo del parche de Ulina cambió a un tono naranja más suave—. Pero... estamos un poco escasos de personal. Si terminas y vuelves rápidamente, tal vez ni siquiera recuerde que tuviste que cumplir tus tareas fuera de tiempo. Ya estoy vieja, como algunos de ustedes insisten en recordarme.

Los marineros jóvenes sentados alrededor de la mesa se rieron al escuchar este último comentario. Nadie sabía de dónde venía Ulina, pero se decía que era más vieja que todos los marineros juntos. La huraña oficial de cubierta tenía un lado amable que era muy raro encontrar entre los forajidos que surcaban las rutas comerciales más lejanas tratando de ganarse la vida.

—Aunque, si pierdes el tiempo y te topas con el primer oficial en una de sus rondas, tendrás que pasar hambre. Él tiene mucha mejor memoria que yo.

Escarmentada, aunque también aliviada, Teal guardó una pieza de pan y la pasta de nutrientes en su bolsillo y se levantó de la mesa.

—Actúas como si te fuéramos a robar la comida —dijo G'kolu, un chico anlari de doce años, cuyos carnosos cuernos eran apenas del grueso de un dedo humano. Sus cuernos se enroscaron, lo que era un signo de diversión—. De cualquier modo, no vas a disfrutar tu comida en los apestosos compartimentos de los fathiers. Déjala, prometo que seguirá aquí cuando vuelvas.

—No es por eso... —dijo Teal, sin terminar la oración.

—¿A poco piensas compartirla con los fathiers? —preguntó Jane, una chica de Tanto Winn, un lugar en donde todos tienen ojos verdes—. Ese pedacito de pan no alcanza ni para llenar los huecos entre sus dientes. No creo que lo aprecien.

Teal sacudió la cabeza.

—No es asunto suyo. —Se dio la vuelta y salió corriendo.

El eco de sus pasos rebotó contra las mamparas y los muros, lo que provocó más gemidos y relinchos por parte de los demás fathiers, criaturas enormes de increíble velocidad y gracia; claro, cuando no están encerrados en los apretados compartimentos de una nave espacial. Los fathiers dieron fuertes pisadas con sus cuatro patas, las cuales eran tan anchas como el tronco de un árbol y de algunos metros de largo, y el estrépito que hicieron tardó un poco en disminuir.

Los cuernos de G'kolu se retorcieron pensativamente, pero no dijo nada. La primera regla cuando uno se adentra en las profundidades del espacio con una tripulación es respetar la privacidad de los demás. Todos tenían sus secretos.

Ulina volteó a ver al resto de los marineros.

—Será mejor que traten de dormir. Estaremos en el puerto para la guardia matutina y será un largo día de descarga en Canto Bight.

—Creo que nos hace falta otra porción de colas de vegicus —dijo G'kolu—, necesitamos energía para el trabajo;

hasta el capitán estaría de acuerdo, ¿cierto? —Nadie en la tripulación era tan bueno para sonsacar comida como G'kolu.

Ulina estaba a punto de objetar, pero Dwoogan, la cocinera de la nave, ya estaba encendiendo la freidora al otro lado de la barra. Dwoogan era una mujer alta y musculosa, cuyo rostro lleno de cicatrices indicaba un pasado misterioso. De algún modo, siempre se las arreglaba para transformar los ingredientes más asquerosos en algo delicioso, incluso los vegicus, plagas que viven en el agua de caño y huecos de almacenamiento de las naves de largo alcance. Durante los viajes largos, cuando los suministros eran escasos, los cocineros ingeniosos como Dwoogan a veces los utilizaban como suplementos de proteína.

Ulina gruñó de manera evasiva, pero por el brillo verde punzante de su parche, los jóvenes marineros se daban cuenta de que había dado su consentimiento.

Pronto, un seductor aroma a aceite invadió todo el sollado. Los marineros vitorearon fuertemente con alegría, lo que provocó más gemidos provenientes de los compartimentos de los fathiers, en las entrañas de la nave.

—Me pregunto si veremos a alguien famoso en Canto Bight —dijo G'kolu, mientras sus cuernos se levantaban con entusiasmo. Los inmensos hipódromos de fathiers y los atestados casinos que había en la ciudad eran legendarios.

—¿A quién quieres ver? —preguntó Dwoogan. Dejó caer un puñado de colas de vegicus en el aceite hirviente, lo que provocó que a todos se les hiciera agua la boca mientras el grasiento olor invadía sus fosas nasales.

—¡A los jinetes! —dijo Jane, abriendo sus grandes ojos verdes, como si ya estuviera en la tribuna.

—¡A las holoestrellas! —dijo G'kolu.

—A la gente que tiene tanto dinero que usan su ropa una vez y luego la tiran —dijo Tyra, una chica humana de trece años, cuya familia había escarbado basureros por toda la galaxia.

—¡A los héroes de la Nueva República! —dijo Naldy, un chico delgado de piel rayada que nunca había querido decirle a nadie de dónde provenía.

—¿Algún héroe en particular? —preguntó Dwoogan. Su tono era afectuoso y juguetón. Mezcló las colas de vegicus con un cucharón y ni siquiera hizo una mueca de dolor cuando unas gotas de aceite caliente salpicaron sus poderosos brazos.

—Luke Skywalker —respondió Naldy.

—Pero no se le ha visto en años —dijo G'kolu, y sus cuernos giraron a medias en señal de escepticismo.

—Eso no significa que no podría estar en Canto Bight —dijo Naldy a la defensiva—. Solía montar tauntauns, ¿cierto? Apuesto a que sería un jinete magnífico.

—Yo apuesto a que preferiría ser piloto de carreras —dijo G'kolu—. Hay mucho más dinero ahí. Escuché que una vez recorrió el Corredor Kessel en menos de doce pársecs.

—Parece que piensas en otra persona —dijo Tyra. Ella y G'kolu compartían cuarto y siempre discutían como hermanos—. Una vez, Skywalker derribó veinte AT-ATs con su sable de luz.

Los otros marineros jóvenes empezaron a intervenir.

—¡Mi mamá me dijo que fueron doscientos! Y lo hizo montado en un tauntaun.

—Los tauntauns son incluso más difíciles de montar que los fathiers...

—Mi tío dice que estrelló dos destructores estelares con magia...

—No fue magia, fue su habilidad como piloto. Y fueron seis destructores estelares...

—*Twe-BOOP eek eek eek...*

—Ese es un nombre que no he escuchado en mucho tiempo —dijo Ulina. Los chicos y los droides se callaron de inmediato. El parche de Ulina vibró y cambió de ámbar a magenta—. Hay muchas historias sobre Luke Skywalker. Puede que algunas de ellas incluso sean ciertas.

Los marineros escuchaban cada palabra con mucha atención. Ulina había visto mucho más de la galaxia que cualquiera de ellos y parecía que no había nada que no supiera.

—¿Nos cuentas una? —suplicó G'kolu con gran interés y con sus cuernos inclinados hacia adelante.

—Es tarde —respondió Ulina.

Los marineros no cederían tan fácilmente.

—¡Solo una! ¿Por favor?

—Pero trabajaremos más duro mañana.

—¿*Dwee BOOP tweetweetwee*? —Incluso el viejo droide custodio de la nave, G2-X, se unió al coro de celebración mientras dejaba sobre la mesa un platón con colas de vegicus fritas.

Dwoogan se acercó y se quedó de pie, con los brazos cruzados y una gran sonrisa, junto al grupo reunido alrededor de Ulina. Ella volteó a verla.

—¿Y tú por qué estás tan feliz?

—Cada noche dices que no. Y siempre se las arreglan para sacarte una historia de todos modos.

—Ya que te burlas de mi habilidad para mantener la disciplina, esta noche te asignaré a ti la tarea de contar la historia. —Ulina trató de ocultar su sonrisa, pero no le era sencillo.

Los marineros aclamaron de nuevo mientras tomaban con sus sucios dedos colas de vegicus calientes del platón. Una historia de Dwoogan era un premio incluso mejor.

—Está bien. De hecho, resulta que alguna vez escuché una historia sobre Luke Skywalker...

¡DESAPAREZCO UN RATO Y TODOS
TIENEN DELIRIOS DE GRANDEZA!

—HAN SOLO

